

CINCO VOCES DE LA NOVÍSIMA POESÍA CHILENA

Selección y nota de Rocío Cerón

Rocío Cerón (ciudad de México, 1972) es poeta y ensayista. Ha colaborado en diversas publicaciones de circulación nacional, como el suplemento *El Ángel*, del periódico *Reforma*, y el semanario *Etcétera*. Fue becaria del Fonca (1998-1999) en el área de poesía.

Chile, país de un innegable legado poético, sigue demostrando con sus más recientes autores que la poesía es un sitio de encuentro, de márgenes desde los cuales descifrar el mundo. Este breve panorama da cuenta de cinco autores nacidos a fines de los años sesenta y principios de los setenta. Con un registro particular, Javier Bello, Alejandra del Río, Germán Carrasco, Cristián Gómez y Julio Carrasco nos muestran un horizonte de tesituras en las que el lector encontrará discursos poéticos que van desde el río verbal y la dilucidación del entorno y de las figuras icónicas como el padre (Javier Bello), el cuestionamiento sobre la palabra y el silencio y su relación con el Otro (Alejandra del Río), la dimensión amorosa y el discurrir del lenguaje (Germán Carrasco), la enunciación poética como forma de aprehender la cotidianidad (Cristián Gómez) y la ironía como cata-pulta de entrada para sacudir al poema (Julio Carrasco). Cinco vertientes distintas en su aproximación a la palabra, al poema, que nos indican la salud de la poesía escrita en Chile hoy día.

JAVIER BELLO (Santiago, 1972)

Las jaulas (Madrid, Visor, 1998)

IV

De dónde viene la risa
de la cabeza del hombre sometida a la muerte
de la cabeza del hombre en cuyos casilleros
se encuentra como una lengua azul el ahorcado,
el ataúd, la culpa, los menesteres del día de todos
los muertos
del gran banquete, de la gran comilona, las putas
que parlamentan con el rey, el resplandor
de los bellos caballeros en armas
definitivamente sale de la cabeza y sus partes,
de su esqueleto más humano que el hueso del pie,
la extremaunción, los candelabros
del último desvío
viene el fuego que provoca el ejercicio del labio
y el tendón, desequilibra al cerebro, sopla
con el perro del viento si es tarde y cunde
en las zarzas con fruto donde está agazapada
la muerte
con qué suspicacia digna de aquéllas que abandona
un demonio en el aire se cierne sobre
los comensales, los niños dormidos, los viejos
locos, y ataca.

De dónde viene entonces la risa si no es de la cabeza
de alguien que quiere comprar resurrección
con su llanto, de dónde si no del tibio palacio
de la complacencia.

Qué es la risa más que uno mismo convertido
en un órgano.

La risa viene, aunque la partición de la cabeza reduce
sus posibilidades de acierto, la risa viene como
un ramo de bendiciones ahogadas.

La jaula de la sentencia

I
Cúidate de los viajes, hijo mío,
cúidate de los viajes y de los trenes
y del tambaleo de los barcos en la batalla
del amanecer.

Cúidate de los trenes
y de la tierra donde baila sepultada una llama,
cúidate de los barcos y de los fuegos fatuos
como escondes tus rodillas del tormento
de la tempestad.

Nunca entenderás el recorrido de los animales
por las veredas y los parques,
los animales malos que se comen la sed.
Nunca entenderás los ojos de los perros
que desaparecen tras el silbido de los cazadores.
No me digas que no has visto
los animales negros que tienen cara de anciano.
No me digas que no has visto
los caballos cansados que cruzan con sus patas
la verdad.

Ten cuidado de los viajes,
ten cuidado de los trenes y de las potencias malignas
y de perderte entre tus propias aguas.

No dejes tu sombrero fuera de la casa,
no dejes tus guantes lejos del amanecer,
porque las hormigas te golpearán con sus antenas
hasta causarte daño,
porque las piedras arderán en tus zapatos negros,
para que aprendas a no jugar con las líneas
de tus manos,

para que recuerdes, hijo mío,
que el norte de las brújulas se come la cabeza
de tu propio animal.

Cuídate de los viajes,
cuídate de los viajes y de los trenes
y del tambaleo de los barcos en los mares sin ley,
porque en los viajes va la muerte hablándote al oído,
porque en los trenes va la muerte sentada
y en los barcos va la muerte de pie.

Jaula del padre

De todos los que comen de esta mesa
el único que vive de su fuego es el padre.
Yo no sé de dónde vienen estas piedras
ni tampoco conozco a quien las trajo,
pero aquí las comemos, pero aquí las mascamos.
Salvaje padre sorprendido en tu error,
enemigo caliente de mirada amarilla,
me refiero a tu casa quemada por los bárbaros,
me refiero a tu lecho marcado por un nudo,
me refiero a tu alma que sale a predicar a la calle

el domingo volcánico de los evangelios,
palabra medio rota que envenena el suburbio
coronado por la lengua de un ángel,
coronado por la lengua que has de obedecer,
el decimal que te dará la muerte.

Padre en silencio, eliges el peso de tu voz,
el exacto calibre que arma tu vergüenza,
el bastón de la rabia, el cristal de la sed
cuando el cáncer congela tu garganta
y te deja alucinar en su hueco.

Padre furioso contra un sol de neón
padre furioso contra un grito de fuego,
encerrado con la luz que no entiendes,
encerrado en la jaula del mal,
perseguido por tus bestias de piedra
ofendes la raíz de los árboles.

Las hormigas se comen un perro,
el perro se come la cara de un hombre,
el hombre el excremento de un buey.
Bajo las mantas están tus hermanos
agazapados en la lágrima de su propio calor.
Este fuego es su fuego, y es mi fuego también,
este fuego es su hambre con las alas de mosca.

Un hombre se come la cara de un hombre.

Yo, mi padre, el padre de mi padre.



ALEJANDRA DEL RÍO (Santiago, 1972)

El yo cactus (1994)

Yo cactus

Yo no soy moderna
o tal vez lo soy. Vivo con mi sangre puesta
goteando encima de las cosas
en una absurda imitación del universo.
Yo no llevo guantes ni ropa blanca
cuando toco metales
cuando escarbo en las miradas
y me seduce el olor cuando fermenta.
La palabra es una viga
donde posan su alma los muertos
el verbo una cornisa en movimiento
y mi oscura vitalidad
el camino que no cesa.
Acaso me hablaré de ese silencio.
Acaso alguna vez poder vestirme del vacío
sonreír desde la mueca.
Acaso cegar el mundo con los ojos abiertos.
Ser siempre lo que no soy
—muriendo en cada intento—
a espaldas del reloj que avanza.

Criatura sin bautismo

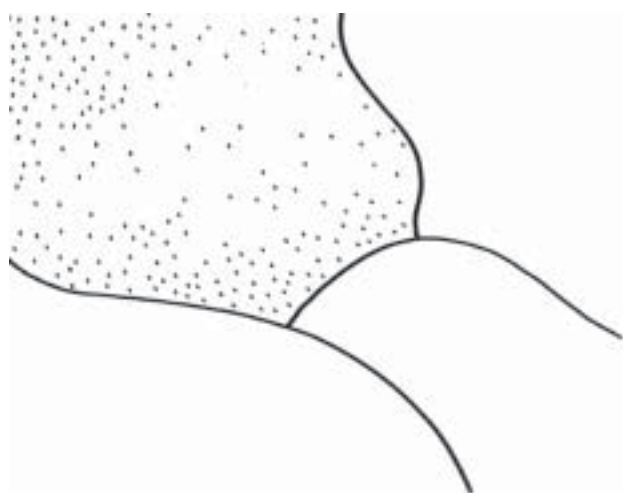
No he engendrado aún el monstruo que te duplique.
En blancas estepas se yergue una torre
allí soy yo la presa de esta lengua cántara
allí soy yo la Amante de este Amante en celo.

Para sufrirlo, subió el silencio por mis trenzas
yo querría nombrarte en su guarida
así pues encadené mi voz a la mudez
y traté de hacerte espacio entre sus besos.

Para zafarme, escalé su valla de palabras
y rodé reino abajo para unirme al caos.
Desbocados los potros. Se es el ojo
pero se siente en el rostro todo el cuerpo.

No me indica el Caos ni en él te encuentro
pero en medio del tifón mi vida pertenece.
No da el silencio frutos propios ni es posible con él
erguir aparato alguno, mas bajo su ala permanezco.

Yo llevo días errando por tu nombre
como cierta Alicia que mengua y crece
ya te veo escrito en humo y en agua
pero lo cierto es la risa de mi Amante.
La sogá que me amarra sólo a mi imagen
el estupro que comete mi vano esfuerzo
las bestezuelas que gimen en mi vientre,
ese todo su poder que me impide partirte.



GERMÁN CARRASCO (Santiago, 1971)

Calas (Dolmen Ediciones, 2001)

**De la musa no queda ni el perfume
(el tango de Julián)**

De la musa o su fantasma no quedan sino fragmentos
para rearmar:
trozos de blusa ensangrentados, manchas de sangre
en la muralla,
rieles que terminan en niebla y una gruta para
la devoción del pueblo
(que es lo mismo que decir: tres velas encendidas
por lloronas iletradas).

De la musa queda la memoria de los momentos
en que fue musa
y no la súcubus que dividió tu vida en dos como
la muerte
de un familiar, el crepúsculo cortado por una torre
de telecomunicaciones
o las dos porciones de carne que se abren como
el dulce durazno estival;
queda la misoginia, la lección, la ridícula alma latina
que bebe hasta la muerte. Y un tango mal
sintonizado.

De la musa o su fantasma no quedan sino
fragmentos:
un modelo para rearmar.
En el laboratorio de las palabras
han de tomar vida sus ojos: escarabajos
de ónix sagrado que brillan en los instantes,
la tersura de cala de su piel.

Las rodillas

La diferencia entre estar de pie en la vida
o, por último, en fuga o caminata,
y no estarlo
se sitúa en las rodillas: talones de aquiles,
centros de vulnerabilidad.

Crujen de rabia como máquinas exangües
cuando abandonamos la silla o atisbamos al horizonte
por un lapso
(como si la perspectiva les produjera
el pánico de un frío inhabitual).

Los amantes que pasaron demasiado tiempo
(aunque se dice que para ellos no existe el tiempo)
en posición horizontal
deben ahora pararse y caminar, si han de hacerlo,
por un territorio minado, un calvario
como Psique en una de sus pruebas.

(O el futbolista con muletas, recuerdas
sus rodillas evaluadas en kilos de dólares,
devaluadas luego).

O quienes suben arrodillados en las gradas del templo
sangrando profusamente (en mi infancia
los observaba estupefacto).

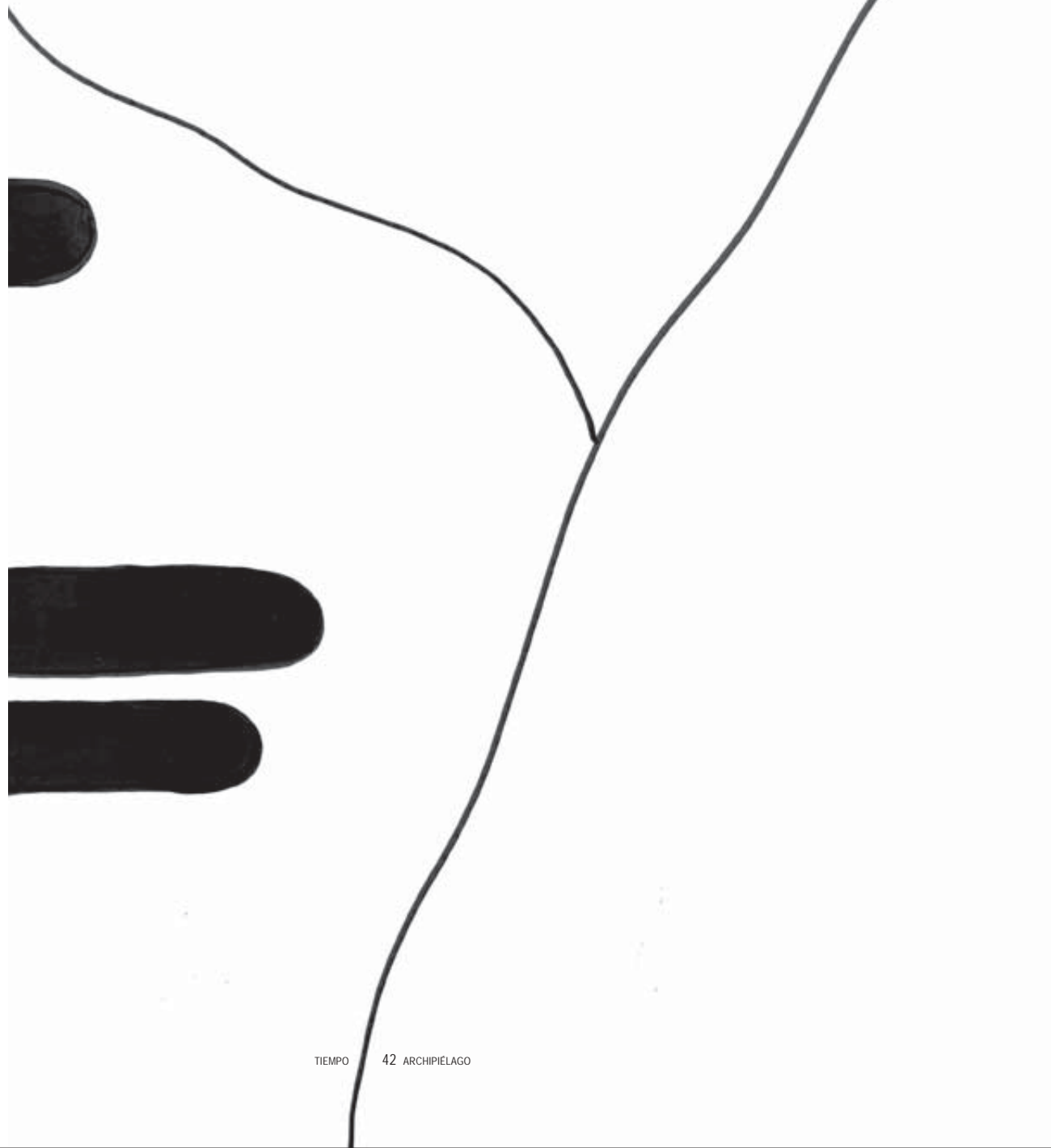
Calas blancas

Sin gula, con la angustia y la tensión
que ha de postrarme a mirar las estrellas,
en la oscuridad —gimnasio del instinto—
abro la sábana blanca de una cala.

Sábana, túnica improvisada tras el baño,
gotas sobre la cala tras el riego
cuando, bajo una luna hecha de tus huesos
abres la ventana esperando

aire, una lechuza. Calas —verbo—
la transparencia del aire cubriendo
la circunstancial blusa, al volverte,
un botón.

En la oscuridad la lengua saborea y desmenuza
calas, para empujarlas y deglutirlas
con el vino negro de la bilis.



La ronda distraída del agua y las muchachas

Un atardecer que pertenece
al hemisferio de la sombra, donde la geografía desta
noche
por primera vez se toma en serio las serenatas
que un demonio
vino o vendrá a ofrecerle: la poesía no está hecha
sino de sombras, pocas veces la luz se cuela por estas
rendijas
pero qué interesa. Como si fuera el agua
que se asoma a la tarde
(distraída), como un poema que no es un poema
sino está hecho de sombras: la luz que se cuela
por los entresijos
caprichosos de esta ventana no es capaz de iluminar
sino la ronda distraída de las muchachas, no quiere
tomarse de la mano
sino del atardecer, del agua. Yo, que no soy nadie,
las veo. Las ausencias y
la multitud alrededor deste poema o de mi sombra,
el atardecer.
Esas niñas que tienen la edad del agua.

Toda descripción es una forma de morir. La más
tierna y dulce amada
se pierde en la playa como un puñado desta arena
indiferente en la transparencia de un reloj. Los viejos
se sientan a observar un mar que no existe:
son amigos
del oleaje y las gaviotas como el fuego y el origen
del agua y de la tarde distraídas. Las letras
son los rasgos

de la muerte: he ahí la culpa, el gran responsable.

Un poema
sin sombras que van a dar en la mar. Los viejos
seguirán esperando las tripulaciones del pasado
y de la noche
mientras dibujan distraídos en la arena el rostro
de la más dulce y tierna amada: volverá como siempre
del pasado, volverá con esperanza irredimible
y entre las redes concluido su retrato.

En lugar de un cementerio junto al mar,
mensurar la geografía de las piedras y del suelo
donde lo más profundo que llegues a encontrar
sea tu piel.

Construir una muralla como el temor dibujado
en el rostro
de una mujer que no envejece. Cruzar este río
de una sola orilla,
el camino que ya no se acerca, sin que por ello
comience a alejarse.

Proclamar el fin de toda inocencia el día
en que tu rostro llegue a ser tu rostro.

Es inminente la construcción de la muralla.

Qué, tras esos muros
sino mi abuelo que pasea por el bosque sin haberse
dado cuenta
(a pesar de sus largas peroratas sobre la tala
indiscriminada de las especies
autóctonas, para la sustitución de las importaciones
y el desarrollo interno de la industria nacional)
que pese a llegar tarde todas las noches de su vida

a ese hogar
donde no lo esperaba nadie además de su radio
a transistores
sin haberse dado cuenta por ahora que las cartas
que no llegan no han llegado

porque una carta más allá destas murallas es darle
puño i letra
a la única verdad —que nunca ha salido deste bosque.
Detrás desos muros
(en lugar de un cementerio junto al mar) tu rostro
que no envejece
como no envejece la otra mitad de la noche, donde
la última inocencia deste día
ocupa en silencio su lugar como si fuese un ladrillo
cualquiera
colindante con ésta y otras murallas.

JULIO CARRASCO (Santiago, 1969)

El libro de los tiburones (Cachiyuyo, 1995)

**Consejos gastronómicos
a un joven samurai**

Come siempre lo que hay
No te pongas a alegrar: hoy
No hay lo que a mí me gusta
Cállate y come lo que está en la mesa
Si hay arvejas
Si hay porotos cómetelos
Si hay relojes (porque sé que los hay)
Traga sin hacer muecas de mal gusto
Si hay cables no menciones los
Tallarines ese tema está de más
échalos ketchup (si es que hay por
Supuesto)
Y no hables con la boca llena
Puedes gritar en ciertas ocasiones:
Cuando hay piedras en el arroz por
Ejemplo
Pero sin dejar de comer
Mira siempre tu plato
(Las piedras puedes escupirlas por
Supuesto)
Y si tu vecino protesta su comida
Aléjate de ese niño mañoso blando
Maricón de estómago frágil
Si hay lentejas bienvenidas sean yo
He comido mucho una vez
Me comí una radio de
Puro ingenuo olvidé desenchufarla
Come lo que está en la mesa
Y si no hay nada

Cierra los ojos y respira
Está permitida la violencia en el
Caso de que alguien
Meta la mano en tu plato
No hagas tú lo mismo porque
Ese no es el modo de fomentarla
Y si hay pollos mutantes
(Porque sé que los hay)
Cocínalos bien y dale los huesos
Al perro
En fin
Es lo que te digo yo
Que he vivido
Un poco.

La tarea actual

Todos dicen amar a Cortázar
todos dicen amar al prójimo
de modo
que está
de moda
amar
dicho sea de paso
a Cortázar
y al prójimo
de modo que
lo importante hoy en día
no es amar a Cortázar
que como todos sabemos
fue un prójimo excelente
sino que

menester más ilustre
es ubicar al enemigo
que se encuentra muy a gusto
dicho sea de paso
entre los amantes de Cortázar
y del prójimo
de modo que
no me pidan amar al prójimo
ufano de su amor por Cortázar
sin antes someterle a minucioso examen
porque
como dije antes
la tarea actual
es definir
reconocer
delimitar
(y ya hablaremos de acometer y de neutralizar)
al enemigo.

Abacadabra Javiera

- 1) Comenzaste a leer y
- 2) el segundo verso te hace sentir tranquila
- 3) piensas: súbitamente estoy tranquila
- 4) mi respiración se torna dulce
- 5) el quinto verso te trae la calma
- 6) sueltas las cejas
- 7) tu frente se aplana
- 8) sientes la lengua relajada
- 9) la mandíbula cae por su propio peso
- 10) piensas: estoy relajada y quiero seguir leyendo
- 11) cierras los ojos imaginariamente
- 12) piensas: cierro los ojos imaginariamente
- 13) y abres las piernas sin brusquedad
- 14) nadie te está apurando
- 15) (los límites mundanos bailaron entre nosotros)
- 16) tu mano izquierda reconoce el pubis
- 17) tu respiración se acelera levemente
- 18) (sin embargo en una extraña forma
- 19) abacadabra Javiera: te estoy poseyendo)
- 20) piensas: él me está poseyendo
- 21) cada verso me atrae más que el anterior
- 22) soy el tirano de tu mano izquierda
- 23) piensas: él es el tirano
- 24) y mientras tanto
- 25) tu mano derecha ha empezado a trabajar
- 26) estás húmeda
- 27) se aproxima el último verso
- 28) cuando llegue sentirás ganas de volver a empezar
- 29) al final recordarás todo
- 30) volverás a tu vida y llevarás mi marca
- 31) dondequiera que vayas
- 32) la poesía tiene que servir para algo. •

